

» vicario de la Santa Sede, amonesta á los demás obispos que  
 » no se dejen perturbar por falsas cartas ni noticias, y que  
 » vivan seguros de que guardamos inviolablemente la fe de  
 » nuestros padres. Cuando el emperador nos haya despedido,  
 » te enviaremos mensajero que te dé razon exacta de nuestra  
 » conducta, lo que aun no hemos podido hacer por la dificultad  
 » extrema de las comunicaciones á causa de las guerras.»  
 Casi al mismo tiempo, Vigilio escribía á Valentiniano, obispo de la Escitia, una carta enérgica refutando las calumnias de que habia sido objeto. El *judicatum* del papa no habia producido pues el resultado prometido: pues que ni los Occidentales estaban tranquilos sobre el honor del concilio Calcedonense que les parecia comprometido, ni los Eutiquianos quedaban de modo alguno satisfechos. Creyó pues el papa que el medio de aplacarlo todo era la convocacion de un concilio ecuménico, reconocido por todos. Decia el papa á Justiniano: « Vengan » pues á un concilio los obispos de la lengua latina que se han » escandalizado de la condenacion de los *Tres capítulos*; y » expongan libremente su parecer, para que así cese la division en la Iglesia de Dios. » Por otra parte los Eutiquianos temian la convocacion de un concilio que de seguro iba á cortar de raíz sus esperanzas. Teodoro de Cesarea, su cabeza, sin respeto por las órdenes del papa, mandó quitar de los sagrados dipícticos los nombres de los obispos católicos, y poner en su lugar los de los herejes intrusos. En vista de tanto escándalo, Vigilio declaró que no comunicaria ya mas con los Orientales, y se negó á admitirlos en adelante á su presencia. Esta firmeza apostólica indispuso de tal modo al emperador contra el papa, que este se vió obligado á refugiarse á la iglesia de San Pedro. Justiniano quiso sacarle de allí por fuerza y envió á un pretor al frente de soldados para cercar la basílica. Se vió entonces en Constantinopla una escena bárbara que no habian osado los Godos mismos hacer en Roma. El pretor mandó á los soldados entrasen espada en mano en la basílica: á vista de esta inesperada violacion del sagrado asilo, el papa se refugió bajo del altar y abrazó las columnas que le sostenian. El pretor

manda tomar por los cabellos á los diáconos y clérigos para apartarlos del altar; y luego para sacar de él al mismo santo Padre, los satélites pretorianos le asieron por la barba y por los cabellos. Entonces exclamó el papa: Os *declaramos* que aunque seamos cautivo vuestro, no podréis tener *cautivo al apóstol Pedro*. Como sin embargo no cedía el soberano pontífice á la violencia, llegaron á romperse algunas de las columnas ó piés del altar. A este espectáculo tan brutal, el pueblo y aun los soldados mismos lanzaron gritos de indignacion, y el pretor, temiendo un motín, tomó el partido de retirar sus soldados: esto acontecia en 551. [La responsabilidad de este atentado cayó sobre Justiniano solo, pues que Teodora era muerta desde 549, cuando la excomunion lanzada por Vigilio contra los Eutiquianos; y es un lunar que no se quisiera ver en la vida de un hombre tan grande como Justiniano. Vigilio para esquivar nuevos ardidés y peligros, y no creyéndose ya seguro ni en la basílica de San Pedro ni en Constantinopla, dejó esta ciudad y fué á refugiarse á la iglesia de Santa Eufemia en Calcedonia: viéndose obligado al cabo de siete años de estancia en el Oriente á poner en salvo su vida y su libertad!] Tan perseverante resistencia dobló en fin la obstinacion de Justiniano, y le ofreció él mismo al papa juntar un concilio ecuménico, que tanto ansiaba todo el mundo católico.

13. Este concilio, que es el quinto general, se abrió en Constantinopla á 4 de mayo de 553: asistieron á él ciento sesenta y cinco obispos; pero los Orientales estaban proporcionalmente en gran mayoría. Inquietaba al soberano Pontífice no poco esta circunstancia, pues que temia con razon que los obispos de Occidente no se creyesen bastantemente representados en concilio general. Pero como este caso no era nuevo y que lo mismo habia sucedido poco mas ó menos en los otros cuatro, se procedió en su consecuencia á su celebracion. En la octava sesion, fueron condenados los *Tres capítulos* casi en los mismos términos de que se habia valido el papa Vigilio en su *judicatum*. [El romano Pontífice habia creído oportuno no promulgar su sentencia definitiva hasta que pcco á poco se fuesen

esclareciendo los espíritus y se viera que si en cierto tiempo podía convenir tener miramiento con los autores de dichos *Tres capítulos*, por cuanto el concilio Calcedonense creyó deberlo tener, las exigencias de los herejes y otras circunstancias hacían necesaria la condenación del error, que nunca aprobó el concilio, guardado empero el debido miramiento á las personas.] Así pues el papa, conocida esta decisión del concilio, y aun esperando algunos meses después, participó al mundo católico que los *Tres capítulos* estaban legítimamente condenados (8 de diciembre de 553). Esta conducta reservada y prudente del papa ha sido interpretada por algunos historiadores como error grave en materia dogmática. Vigilio protestó desde la apertura del concilio contra la mala fe del emperador, que no permitía dar tiempo para que llegasen los obispos latinos: é hizo ver que semejante conducta no era ni justa, ni digna, ni respetuosa para la Iglesia. Esta protesta solo sirvió de irritar á Justiniano, el cual envió al papa á destierro. Era doloroso espectáculo ver expuesto al jefe de la cristiandad á la mala voluntad de la Iglesia griega, sin apoyo, sin consejeros, y hecho blanco á la hostilidad de todos los partidos. Vigilio sin embargo nada precipitó ni prejuizó: esperó que todos los ánimos entrasen en calma, y luego ratificó por su decisión pontifical la sentencia de este mismo concilio, cuyas decisiones hubiera querido retrasar hasta la llegada de los obispos de Occidente. Este concilio fué pues sin duda ecuménico, y sus decisiones leyes de la Iglesia. Los sucesores de Vigilio confirmaron la sentencia dada contra los *Tres capítulos* por el concilio de Constantinopla. Esta discusión no había sido tan larga y embarazosa sino porque al lado de las obras, se rozaba la cuestión relativa á los autores, lo que era causa de discusiones apasionadas. Lo que trató el papa Vigilio fué separar dos cuestiones distintas; la de la doctrina y la de los autores: lo logró en efecto condenando á aquella y salvando á estos, á costa de su tranquilidad: lo cual es título glorioso para su memoria.

14. Terminados por fin todos los negocios que le habían llamado al Oriente, Vigilio alcanzó del emperador el permiso de

regresar á Italia: su ausencia había durado mas de ocho años; pero no logró acabar su viaje. Obligado por su estado delicado á quedarse en Siracusa, murió en esta ciudad el 10 de enero de 555, habiendo sido sumo pontífice once años. Su cuerpo fué trasladado á Roma y enterrado en la iglesia de San Marcelo en la via Salaria. — En medio del torbellino de las contiendas religiosas y trastornos políticos que llenaron toda la vida de este papa, se ven acá y acullá obras literarias que dulcificaban en tanto las amargas circunstancias de la época. Vigilio, fiel á las constantes tradiciones de la Santa Sede, promovía ese movimiento intelectual. Arator le presentó un poema sobre los doce Apóstoles, compuesto en versos hexámetros y dividido en dos libros. Este autor gozaba de gran reputación: despuntando por capitán de guardias y llegando hasta ser mayordomo de los dominios imperiales, había dejado todas sus altas dignidades por recibir las sagradas órdenes, y fué desde luego subdiácono de la Iglesia romana. El papa, habiéndose hecho leer el poema, lo remitió á Surgencio, jefe de los guardias, para que le depositara en el archivo de la iglesia: mandó luego hacer pública lectura en la basílica de San Pedro *ad Vincula* en presencia suya. La nobleza, el clero y el pueblo rodeaban al poeta cuando él mismo recitaba sus versos. Fueron necesarias cuatro sesiones, porque el auditorio escuchaba con el mas vivo interés, y el poeta tenía que repetir varias veces el mismo trozo á petición de los oyentes. Este hecho prueba cuán familiarizada estaba la muchedumbre con las bellezas literarias. Durante el pontificado de Vigilio, las Galias continuaban dando pruebas de su celo por la fe. San Mauro, discípulo de san Benito, fundó por este tiempo el monasterio de Glandfeuil, obispado de Angers, hácia el año 542. San Aureliano, obispo de Arles y vicario de la Santa Sede, fundó en su capital un monasterio de hombres y otro de mujeres, hácia el 547. Se celebró en 549 un concilio en Orleans por cincuenta obispos, en que se confirmaban especialmente las reglas canónicas para los nombramientos episcopales. El segundo concilio de París, compuesto de veintisiete obispos, depuso á

Safarac, obispo de esta ciudad, y decretó muchos cánones de disciplina.

ADICION DEL TRADUCTOR.

En España aconteció en 550 la conversion de Carriariso, rey de los Suevos de Galicia, con toda la familia real. Florecian á la sazón en toda España hombres eminentes en santidad y letras; entre otros Montano, metropolitano de Toledo, Massona, metropolitano de Mérida, Martino, metropolitano de Braga, Artemio y Juan, metropolitanos de Tarragona. En Sevilla se echaron entonces los cimientos de aquella célebre escuela, de que salieron los Leandros, Isidoros, Fulgencios, Braulio, Tajon y otros muchos que tanto ilustraron el reinado de Recaredo y sus sucesores. Es muy de notar la Epistola del papa Vigilio á Profoturo, obispo de Barcelona. Ya se habian celebrado en el trascurso de la primera mitad de este siglo el concilio de Braga, convocado por san Martin, los de Tarragona I, de Gerona I, de Lérida I, de Zaragoza I, en que se establecieron cánones de disciplina eclesiástica, y refutaron los errores de Prisciliano, y de varios herejes orientales. Nos falta espacio para mas detalles. Solo si diremos que en las cabezas de metrópolis, Tarragona, Sevilla, Toledo, Mérida y Braga, se ven establecidos seminarios ó academias para los clérigos y aspirantes al estado clerical.

§ III. PONTIFICADO DE PELAGIO I (16 de abril 555-2 de marzo de 559).

15. No pudo menos de perturbar la eleccion del nuevo papa la contienda de los *Tres capítulos*. En el Occidente se temia que esta condenacion no implicase menosprecio del concilio Calcedonense. Pelagio, que fué elegido papa el 16 de abril de 555, habia adherido á la condenacion de los *Tres capítulos* en calidad de diácono de la Iglesia romana: y esto bastaba para exponerlo á las mas negras calumnias. Se le acusaba desde luego de haber apresurado la muerte de Vigilio por sus malos tratamientos; y era todo lo opuesto de la verdad, pues que Pelagio prodigó con celo filial todo consuelo y miramientos al moribundo pontífice. Sin embargo, estaban tan exasperados los espíritus en Roma, que era inminente una sedicion. La opinion estaba tan en contra de Pelagio, que solo pudo encontrar dos obispos que le quisieran consagrar: Juan de Perusa, y Bono de Ferentino. Rehusaban su comunión los mas nobles é ilustres sacerdotes y senadores. El patricio Narses, coman-

dante general de Italia, aconsejó á Pelagio hiciese caer todas las sospechas con una manifestacion pública: Pelagio siguió el consejo y mandó hacer una procesion general. Llegado á la basilica de San Pedro, subió al púlpito, y poniendo sobre su cabeza el Evangelio y la cruz, protestó que no habia hecho mal ninguno á su antecesor. Con este acto tan solemne todos se convencieron de su inocencia y se unieron á él. El papa se aprovechó de estas buenas disposiciones para rogar á los asistentes le ayudasen á extirpar hasta la raíz la simonía en las ordenaciones, y nombró mayordomo de los bienes de la Iglesia á Valentino, su secretario, hombre temeroso de Dios, el cual hizo restituir á todas las iglesias los bienes, vasos sagrados de oro y plata, y los ornamentos que se le habian robado ó sustraído.

16. Pelagio, aun antes de ser papa, habia hecho grandes favores á los Romanos, ora socorriendo sus necesidades en tiempo de hambre y calamidades, ora siendo su abogado y protector para con Totila y demás reyes bárbaros. Todo esto contribuyó á conciliarle enteramente el amor de todos. Sin embargo, gran número de obispos del Occidente se negaban aun á recibir los decretos del quinto concilio general de Constantinopla, aunque aprobados ya por el papa Vigilio: habia pues inminente peligro de un cisma. El papa procuró ser enérgico, y hasta se valió de la autoridad temporal para impedir el cisma. « Las circunstancias eran muy críticas, y antes de » acusar á un papa, dice el conde de Beaufort (*Historia de los » Papas*, tom. I, pág. 500), es necesario tener en cuenta las » dificultades de la situacion: y es imposible fundar un poder » sólido, especialmente sobre las inteligencias, sin romper » abierta y enérgicamente contra el error. »

17. En los solos tres años que duró su pontificado, Pelagio se esforzó en borrar hasta las huellas de las últimas escisiones religiosas. Narses, animado por sus exhortaciones, se mostró lleno de celo para extender por toda la península italiana la doctrina del quinto concilio general. Los obispos de Toscana se mostraron sin embargo obstinados en no recibir la condena-